

EL VIENTRE DEL ARQUITECTO



Una pasión puede convertir cualquiera en un ser obsesivo, así le ocurre al arquitecto norteamericano con Étienne-Louis Boullé y la organización de una exposición sobre la obra de éste. El ritmo cambiante en que se presenta la película con una música que contribuye a la narración a través de sensaciones, refleja cómo el mismo personaje protagonista vive cada uno de los momentos. Además, la sucesión de los bocetos que él mismo visualiza y va pasando, uno tras otro, o la escritura continua de las postales con su firma siempre terminada con la palabra arquitecto entre paréntesis, van marcando un ritmo a lo largo de toda la grabación.

El primer foco de atención es el mismo título de la película, la referencia al vientre, una parte del cuerpo absolutamente atípica ya supone un primer elemento de originalidad en el tratamiento y el enfoque de un tema como es la arquitectura y la cuestión de la organización de una muestra conmemorativa acerca de un visionario arquitecto.

El lenguaje definido por la simetría de las imágenes y sobre todo por la estructura del color, es capaz de comunicar sensaciones diversas. El elemento de la fotocopiadora, donde se reimprimen una y otra vez los vientres de Julio César o los del supuesto Étienne L. Boullé continuamente en verde alternándose con una luz blanca, denotan la preocupación y la intriga por saber si realmente el arquitecto americano está siendo envenenado. El color verde que me remite al veneno y define una parte del cuerpo en un color que no es el habitual, sino típica de un cuerpo enfermo. Por otro lado, abunda el uso del rojo, el opuesto del anterior.

La fuerza que tiene este color hace de nuevo gritar al vientre supuestamente enfermo del arquitecto cuando éste simula medir su intestino con una cuerda roja que envuelve y coloca sobre sí. La fuerza expresiva y visceral que tiene, propicia una lectura que centra la atención en Kracklite. En su pijama roja cuando ya al final ha perdido todo lo que le importaba, a su mujer, a su futuro hijo y el mando de la exposición, le hacen perderse incluso a él mismo, tanto que de repente se levanta descubrimos que a quien veíamos hablar no era a él, sino a su reflejo. En la escena en que entra a ver todas las fotografías que tiene la chica en su estudio, él mismo se ve reflejado e incluso se sitúa al final de la narración de la historia en imágenes con la que acaba de toparse, como si quisiera decir "este soy yo, el resultado de todo esto". De nuevo al final de la escena reaparecerá el color rojo, la cinta que le lleva detrás de la cortina blanca con su nueva acompañante.

La fuerza expresiva que se encuentra en las imágenes de Roma, le dan un carácter casi pictórico a toda la película, nada queda al azar. La grandiosidad de las esculturas romanas como la gran tríada que forman la cabeza militar, el vientre y el dedo tras su confesión ante la policía, o las estatuas en escorzo que se intercalan con los personajes en carne y hueso transmiten una atmósfera entre histórico-mítica que se mezcla y forma la realidad. El protagonista mismo tiene un aura de escultura romana, que acentúa incluso cuando casi al final de su vida, cae y queda tumbado en la fuente en una postura de escorzo romano, y cuando segundos antes de morir se deja caer por la ventana, con una rigidez majestuosa propia de una estatua.